

La Venus errante

El asunto merece todo el interés de los hombres de buena voluntad, mal que pese á la hipocresía ambiente que tiene para ese grave problema tantas y estériles ocultaciones. Quizás haya en ese silencio un poco de pudor, tal vez un átomo de vergüenza; lo más seguro, empero, es que sólo haya hipocresía, criminal indiferencia.

La Venus callejera, la trotacalles que al amparo de una miseria legalizada comercia con su propia persona, no ha sido estudiada hasta hoy con la amplitud necesaria. Para el mismo Zola no fué más que un escalón de ese descenso colectivo en que se hundía el alma del segundo imperio. Naná fué un elemento de descomposición social, agregado á los muchos predominantes en aquel momento histórico, y así la consideró el novelista.

No se ha ido más lejos por el hipócrita temor de herir tal ó cual preconcepto, por el miedo de que ello fuera á provocar la ira de esa sociedad, enferma grave de mil males y que como la mayoría de los enfermos tiene estallidos de cólera para quien se los recuerda.

La sociedad, momento á momento más retraída dentro de sus propias necesidades, no hace nada en el sentido de obtener la curación de esa llaga que roe lo mejor de su organismo: la mujer y el adolescente. Convencida ya de que hay males necesarios y que entre esos males figura en primera

línea el de la prostitución, tiende la red de sus leyes y aprisiona en ella el alma incauta de la pobre víctima de las necesidades colectivas. No hay curación, no hay remedio; no hay más que la inflexibilidad de una ley convertida en cordón sanitario y la inmoralidad de un prejuicio que es todo un renacimiento de atávicas maldiciones.

La religión por un lado con su idea del pecado, la ley con sus castigos para quien ultrapasa límites trazados por el hombre, la moral con sus prejuicios, he aquí los tres elementos que mantienen el error tradicional que hace del estado, por intermedio de sus graves cuerpos legislativos donde pontifican solemnes *pater familiae*, uno de esos correveidiles que llenan las páginas alegres de nuestros viejos autores picarescos.

La prensa se ha ocupado en estos últimos días de este asunto; pero, siempre, en forma velada, temerosamente, en la cómica pudicicia de aquellos que carecen de valor para mirar de cerca una llaga y aplicarla con mano firme el remedio necesario. Y, en ese tren de pudor, el mismo cuerpo deliberativo que debía tratar del asunto, llamó á sesión secreta. ¿Quiere esto decir que es una vergüenza y un mal? Pues si un mal y una vergüenza hay en ello, ¿cómo el estado legisla y lo legaliza? También es un mal el asesinato y no hay ley ninguna que establezca radios legales para esgrimir el cuchillo, aunque se vendan armas al volver de cada esquina y haya salas de tiro donde el ojo se perfecciona y la mano se adiestra.

La prostitución, como producto genuino de la naturaleza humana, no puede ser motivo de legislaciones que no tiendan á reprimirla. Autorizarla, bajo cualquier forma y en cualquier término, es siempre un peligro. La ley no ha podido ser inventada para permitir á Tartufo la seguridad de un amable contubernio con Mesalina. Como en el caso del asesinato, la ley debiera ser la celadora de la

moralidad social, no ocultando sus llagas, sino evitándolas.

Reglamentar el mal es caso de fácil gobierno.



Salomé

Tapiar la entrada de una calle y arrojar allí dentro á centenares de pobres mujeres, como se hacía antes con los variolosos, es muy fácil. Lo mismo equivaldría vestirlas con el clásico ropaje amarillo

de los leprosos para que los buenos y los honestos y los puros evitaran el contagio vergonzoso.

Pero, no se trata de esto. El problema es mucho más complicado. Que un grupo de hombres legisle, bajo tal ó cual forma, nada tiene de particular; lo malo, para quien observe este hecho, estudiándolo con frío desapasionamiento, consiste en la gravedad que el mundo adopta en sus juicios, tan definitivos aparecen, tan concretos dentro de la irresponsabilidad que los caracteriza.

La mujer cuando se deja arrastrar por el vicio, obedece á causas del ambiente, sociales, ajenas á su voluntad. Otra cosa sería creer con los argumentadores bíblicos que el ser humano nace con el estigma del mal primario, ó, como dicen sus hermanos modernos, los de la nueva criminología, que hay seres que nacen predestinados para el delito. Esas causas ambientes, encaminan su acción sobre la tierra, pesan sobre el espíritu de la mujer, más débil que el nuestro, influyen sobre su moralidad y tuercen hacia equívocas regiones lo que sin esas causas hubiera permanecido dentro de los límites de la moral colectiva.

Generalmente, la mujer se deja arrastrar al vicio, ó va en su busca, debido á una enfermedad orgánica ó á una urgente necesidad económica. En el primer caso correspondería el hospital, en el segundo una organización económica en que la mujer, por ser más débil, no fuera explotada en los talleres, bestia de carga en los campos, esclava sin voluntad en el matrimonio como hoy se le entiende, sin albedrío para la elección ni fuerzas para disolverlo.

Las mujeres que han rodado por la pendiente de la moral que hoy predomina, con todas sus variantes de raza, edad y clase, pues la moralidad diverge absolutamente entre un burgués alemán y un indio de la Tierra del Fuego, sufren las consecuencias terribles de un grave malentendido. La

idea del pecado pesa todavía sobre el espíritu contemporáneo. «Mi yo, mi cuerpo, no es mío, lo debo íntegramente á otro; á otra cosa, á algo que no me explico», así razona cualquier hombre de hoy, sacrificando su voluntad en aras de lo desconocido. Cualquiera puede robar, cualquiera puede asesinar, porque después de haber cumplido con la pena impuesta será «legalmente» tan honesto y tan honrado como los demás. Sólo no puede disponer de lo que es propio, suyo exclusivamente: de su cuerpo. Del de los demás sí; un tiro, una puñalada producen la muerte de un prójimo, y esa muerte «se paga» con diez, veinte, treinta años de prisión. En cambio no hay nada que legalice de nuevo el vivir conturbado del pobre ser que, enfermo ó miserable, se ha dado ó se ha vendido á sí mismo.

La exasperación de la miseria conduce al robo y al asesinato y hay en ello una causa atenuante que el juez comprende y la sociedad acepta. Esa misma causa, empero, no basta á hacer excusable el «delito» de la Venus callejera, de la pobre mujer que ambula entre las sombras de la noche. Es que ese mal, por lo permanente, se convierte en vicio, explican los doctores del vivir social. Y es inútil argumentarles que la perduración de lo «mío en mí» no daña ni perjudica á nadie. En cambio, el gesto homicida, fugaz, pasajero en su desarrollo, es definitivo en sus consecuencias exteriores, irremediable.

La prostitución es una fealdad del alma, se dice también, un vivir vergonzoso. ¿Por qué? ¿Acaso no hay vidas muy bajas, muy infames, muy repugnantes y acaso ello basta para constituir una pena perdurable? El verdugo, ese ser inhumano, «sirve» también á la sociedad, ejerce también un oficio «necesario» y no por ello es enclaustrado dentro de cuatro prejuicios. Millares de hombres, sobre toda la faz de la tierra, ejercen oficios repug-

nantes; pero el estigma social desaparece cuando ellos no ejercen su degradante profesión. La ramera, empero, lo es durante y después del ejercicio de su medio de vida. Consecuencias del prejuicio religioso que ve en el cuerpo humano una fuente de pecado cuyos males se agravan cuando se extienden á los demás.

Si en lo moral no reside la causa que justifique semejante condenación, tampoco en lo físico, porque el amor, bajo este aspecto no difiere esencialmente entre la honestidad y el vicio, es decir, entre la enamorada que legaliza su acto con una donación unipersonal y la ramera. Esta, cuando cae, vencida, bajo el pie del hombre, se dice que es una mujer deshonrada; pero, ¿quién la ha deshonrado? ¿quién la deshonra? Si la infamia de su vivir corresponde á lo cotidiano y mudable de su trato con los hombres, deberemos deducir que la deshonra va á ella por manos de los mismos que la solicitan.

Si cada hombre, empero, se formula esta grave interrogación: «¿Es que yo, acaso, deshonro, mancho, envilezco lo que toco?», la respuesta no se hará esperar; el hombre decidirá que él, personalmente, no mancha ni deshonra. Son los demás los que tal hacen, es decir, el conjunto de seres á él semejantes, que imitan su procedimiento y viven como él vive.

El mal consistirá, pues, en que la sociedad toda entera tenga derechos y asuma autoridad absoluta sobre una de sus partes. La mujer caída, víctima de un acaso doloroso que necesitaría más bien de la defensa filantrópica, se ve atacada, perseguida en todos sus límites, como si ella tuviera que dar cuenta de los errores ajenos ó como si se la pudiera inculpar por aquellos actos más íntimos, más personales que, en última deducción, sólo á sí misma pueden afectar.

La sociedad, ante este problema, tiene la ac-

titud severa de un juez implacable, cuando mejor necesitaría de la serena imparcialidad del estudioso, de aquel á quien nada mueve en un gesto de asombro. ¿Por qué esos improprios tan escasamente humanos? ¿por qué esa condenación, ese aislamiento?

Corresponde á nuestro tiempo, tan lleno de altruismo generoso, emprender la tarea redentora, imposibilitar la condenación de ese viejo y pernicioso error que hace de las mujeres dos grandes clases ó castas: á un lado las «honestas», puras, buenas y dignas de todo respeto; á otro las «perdidas», impuras, malas, merecedoras de los dictámenes más infamantes.

En vez del aislamiento, de la clausura, correspondería hacerlas intervenir en la vida colectiva, abriendo la puerta de sus cárceles, para que al contacto del mundo pudieran poco á poco volver á la paz moral, á la tranquilidad que hace á los honestos.

Si son una necesidad, no deben de ser rechazadas. Empero, si aun dentro de lo que se hacen necesarias suponen un peligro, corresponde al Estado, cuidador de la colectividad, evitar las causas que las hacen aparecer. Y si el Estado, á pesar de sus buenas intenciones y de su poder incontrastable, no puede impedir la prostitución, no habrá más remedio que aceptarla, teniendo siempre en cuenta que los males deben de ser objeto de enseñanza y no de oculta y vergonzosa explotación.

Los griegos antiguos, esos maestros del vivir noble, tenían para la hetera la misma consideración que para otro profesional cualquiera. Nada las diferenciaba, nadie tenía para ellas la insultante compasión que se tiene para un pobre can sarnoso. Fué necesario el cristianismo para enseñarnos á odiar el cuerpo, síntesis de todo lo bello, y para maldecir de aquellos seres á quienes la vida forzaba á su exhibición y entrega pública.

Dos mil años no han bastado para reformar ese criterio.

Corresponde á nuestro tiempo una saludable reacción. Hay que salvar á la mujer de ese abismo sin fondo que la acecha desde su nacimiento, siempre expuesta á las tentaciones del mal. Hay que hacer la vida menos dura para la compañera del hombre y hay que salvarla cuando por abulia ó por impulso ajeno haya sucumbido.

¿Cómo? Eso pueden y deben de saberlo esos grandes señores que en sesiones secretas deliberan y cuyas únicas medidas se traducen en nuevas imposiciones sobre el espíritu débil y enfermo de la mujer caída.

¡No la mates!

Fué toda la impulsión de la paterna sangre tropical latiendo en las venas del comediógrafo de una sociedad decadente, lo que motivó aquel feroz «¡Tue-la!» que por espacio de veinte años resonó en la escena, infiltrándose en las costumbres y obteniendo al fin sanción legal en los códigos. Dumas, ese folletinista de la escena, ese hombre que desde lo alto del tablado de Arlequín pretendía dictar leyes é imponer modas, podría estar satisfecho cada vez que el ridículo de un marido engañado se envuelve en la humareda de un pistoletazo para transformarse—por arte de bárbaro encantamiento—en el símbolo del honor ofendido...

«¡Mátala!»... y tanto se ha pronunciado esa frase, tanto se ha dicho esa sentencia, que al fin la barbarie de una ofuscación mental ha trascendido á la misma ley, sancionándose en ella el derecho de vida y muerte. Tanto se ha dicho esa frase brutal que ya no hay chulo que no se crea garantizado por ella cuando esgrime la pendenciera navaja, ni marido que no se suponga un héroe cuando derriba á sus pies á la adúltera...

Dejemos el caso reciente; abandonemos el personalismo estrecho, vulgar en sí mismo, del caso tan comentado, y atengámonos á la idea perdurable para estudiar, sin apasionamiento, sin exageración. Sustraigámonos al influjo del pensar co-